

ROSENDO SALAZAR (1888-1971)

Legado al mundo el mismo año que el poeta Ramón López Velarde, Rosendo Salazar consagró su vida a la reivindicación de la lucha obrera y a llevarla tanto al terreno de los actos como al de las letras. Su congruencia y su infatigable labor lo llevaron a recibir la medalla Belisario Domínguez y a ser inhumado en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

Nacido en la ciudad de Zacapoaxtla, Puebla —de ilustre memoria por el batallón que tuvo una actuación decisiva en la batalla de Puebla, el 5 de mayo de 1862—, desde muy joven descubrió su vocación por las artes gráficas, la cual lo llevaría a ser uno de los fundadores, en 1909, de la Unión Tipográfica Mexicana. Su temprana vocación revolucionaria se manifiesta desde el título de la publicación poblana *La patria de Serdán*.

Entre sus obras pueden mencionarse *Hacia el porvenir* (1920), *Las pugnas de la gleba* (1923), *Historia de las luchas proletarias, 1923 a 1936* (1938), *Líderes y sindicatos* (1953) y *La casa del obrero mundial* (1962).

La antología *Las masas mexicanas. Sus poetas* (1930) es una muestra del trabajo de autores que, si bien no manifiestan una igual calidad literaria, son valiosos como testimonio de la creencia que el autor manifiesta en que “se trata, ante todo, de un libro dedicado a la belleza, tal como la lleva en su rica fantasía el trabajador; dinámica, dentro de la idea puramente poética esto es, sin conexión alguna con otras acti-

vidades; emotivo, lírico, en una palabra, más profundamente nuestro, porque es el reflejo de una sensibilidad que hace años esperaba manifestarse”.

LAS MASAS MEXICANAS. SUS POETAS¹
(SELECCIÓN)

FERNANDO CELADA

Nativo de Xochimilco, D. F., muerto el 8 de julio de 1929.

Obra: “El himno de los martillos.” Pachuca, Hgo., 1922.

Celada es un poeta de los que sientan escuela, de los que se insinúan con energía y van con la gleba libertadora contra el abuso capitalista. Terriblemente sentimental y puro de corazón, tiene un poder casi omnímodo como trovador delicado, impresionable y fuerte.

En su composición “El carpintero”, como en todas las piezas que brotan de su estro, la facultad de expresar, en bellas figuras poéticas, los sentimientos menos corrientes y de un modo que se antojaría sencillo si no fuera porque en arte ser sincero consigo mismo es lo más difícil que existe, en Celada llega a un grado positivamente sublime de verdad. La siguiente estrofa dará una idea de ello:

“Tus armas de combate son sencillas,
pero triunfan en todas las cruzadas:
ora pule el formón mil maravillas;
ora arrancas, al tiempo que cepillas,
del macizo oyamel cintas doradas.”

Y la siguiente, que es de un labrado finísimo:

“Al golpe de tu músculo gigante
vibra la sierra su compás sonoro,
y tu respiración es jadeante,
mientras salta el serrín a tu semblante
como una leve polvareda de oro.”

¹ Rosendo Salazar, *Las masas mexicanas. Sus poetas*, México, Avante, 1930.

Fernando Celada es un poeta lírico de gran prestigio, pero cuando canta al Trabajo es tan colosal en la letra corno magnífico y exquisito en la idea.

MARTILLOS Y YUNQUES

Tienen, como en orquesta maravillosa,
el yunque y el martillo su diapasón,
y forman una música cadenciosa
aplastando los hierros junto al fogón.

De su cordaje férreo la escala en coro
sube, como el incienso sobre el altar,
envuelta en un enjambre de chispas de oro
que las fraguas arrojan al resollar.

Los colosales ecos de aquella orquesta
arrullan al herrero, que, como un dios,
sobre la lira yunque, rimando, asesta
violentos martillazos de dos en dos.

¿Qué forjarán? ¿El hierro para los bravos
que luchan por el triunfo de la igualdad,
o la triste cadena de los esclavos
que en las prisiones lloran su libertad?

¿Forjarán los cañones para la guerra,
o el riel para el grandioso ferrocarril,
o el provechoso arado para la tierra,
o la reja del antro protervo y vil?

¡Ay! tal vez esos yunques y esos martillos
forjarán, insensibles y en plena luz,
para los desgraciados rejas y grillos,
para los redentores alguna cruz.

¡Herrero: ya no aceres hierro que mate...
si junto al yunque luchas firme y tenaz,
no forjes instrumentos para el combate,
forja bronces eternos para la paz!

PARA EL PUEBLO

Quien no sepa sufrir su escudo dejé,
sin esperanza de luchar más tarde...
tal vez haya otro indigno que se queje
de recoger las armas de un cobarde.

Tal vez haya un malvado que, en la obscura
noche del desinterés que al vil ampara,
nos muerda el corazón con su impostura
y nos ponga su látigo en la cara.

Quien no lucha no sabe, en su porfía,
contrarrestar el sufrimiento humano,
y merece, por torpe, todavía
los recios bofetones del tirano.

El dolor es la prueba y la templanza
de los batalladores varoniles,
¡y a cuántos pobres el desprecio alcanza
sobre su inmundo lodo de reptiles!

¡Triste de aquél que a su dolor no reta!
¡desdichado de aquél que no combate!
hasta al mismo vencido se respeta
cuando en sus iras de dolor se abate.

No porque el sufrimiento nos lastima,
el alma, débil, su descanso aborde;
cuando el dolor solloza se hace rima,
cuando ruge la pena se hace acorde.

¿Quién, cuando el pueblo su dolor arrastra,
no le alivia su mal y sus anemias?...
¡Si el pueblo es yedra vil, seamos pilastra
para que fortifique sus blasfemias!

¡Seamos la fe, la lámpara, la égida,
y, removiendo términos y escombros,

démosle al pueblo ilustración y vida;
mostrémosle la luz, démosle fuego
para que sienta la verdad, y, luego,
llevémosle triunfal sobre los hombros!

LA LIBERTAD

Si tú eres el amor vete de prisa;
mi yunque no es sonoro...
este umbral nunca pisa
el pie cubierto de sandalia y oro.

Tú no tienes derecho
de venir a mi yunque de pelea;
para tu frente de ángel no se han hecho
las poderosas armas de la idea.

En mis viejos crisoles,
que son hechura de potentes manos,
fundo iras y grandesas, fundo soles
con que he de confundir a los tiranos.

Yo forjo en mi cerebro
la palabra potente,
cuyas saetas luminosas quiebro
en la altanera fas del insolente.

Yo exorno los suplicios
de los pueblos esclavos,
alimento el ardor de los patricios
y sacudo el acero de los bravos.

Rompo las ligaduras
de todas las infames opresiones:
yo soy la libertad... forjo armaduras
y yelmos y cañones.

Tú no tienes entrada
en este culto obraje,
donde vibra la cólera sagrada
que ha de salvar al pueblo del ultraje.

En mi arsenal titánico
no vengas a buscar delicadezas:
¡aquí se forja lo que causa pánico
en el alma de todas las vilezas!

En mi yunque chispea
el humano dolor de los vencidos...
¡deja que forje el hierro de la idea
que reclaman los pueblos oprimidos!

¡Retírate... no aguardes
vencer a mi alma con tu voz que vibres...
es obra de cobardes
entregarse al amor no siendo libres!

JUAN F. VEREO GUZMÁN

Lugar de nacimiento: Cuautla, Mor., el 12 de agosto de 1896.

Obra: “La inquietud de la hora,” imprenta de Enrique García, Zá-
catecas, Zac., 1924.

No he encontrado en ningún otro poeta socialista un estilo más atildado, a la vez que rico en vivas metáforas, como el del fuerte poeta morelense Juan F. Vereo Guzmán. Verdaderamente, da gusto leer a un cantor de la energética de esta gloria de la cultura social contemporánea; activo, impetuoso, indisciplinado y delicadamente dominado por la ternura, este poeta, de tan estupendos trazos, es a la manera de los pintores José Clemente Orozco y Diego Rivera, dos colosos, asimismo, de las artes plásticas que en el desarrollo de sus ideas han menester de las mayores masas espaciales; así lo pregonan sus bellísimas producciones “Ascéndite.”, “Dura lex...”, “La muerte del águila maya”, “Hermano campesino” y “Catequesis.”

Vereo Guzmán personifica al troquelador excepcional de la poesía manumisora, y si cumple lo que una vez me dijo, de dedicarse a hacer labor literaria al ciento por ciento en pro de las ideas libertadoras, sin ninguna duda será el poeta más completo del proletariado.

ES PRIMERO DE MAYO

¡De rodillas, burgueses; de rodillas!... es hora
de suprema justicia... que a los palacios clama
el grito de la chusma vengadora,
y revientan en caudas de flamígera aurora
las antorchas que mecen el mechón de su llama.

Escuchad, es preciso... Ya la recia pujanza
del hirsuto jinete sobre el friso despunta
el hierro iconoclasta de su lanza...
¡Tanto dolor antiguo, tanta miseria junta
a cañonazos abren surcos en la esperanza!

Es que las horcas gritan, es que el verdugo calla,
los bajos fondos rugen, se subleva la hez,
un nuevo Apocalipsis sobre Patmos estalla,
y cuando blande el hacha siniestra la canalla
los ídolos de barro se rompen a sus pies.

Los cerdos de Chicago reculan a la piara,
un nuevo sacrificio florecerá en el ara
en donde tiene inciensos el divino Millón...
Quizá por eso fuga de la tara
el poderoso vientre del rey del Salchichón.

Pues bien, nos enlustasteis; sobre el cadalso rojo,
que hace temblar de rabia la favorida grey,
aún pendan los pingajos del último despojo
que vosotros colgasteis en nombre de la ley.

¡De rodillas, burgueses... o dejadnos el paso,
que hierven nuestras ansias en divino crisol;

nosotros no sabemos dónde queda el Ocaso,
pero hay fuerza bastante en nuestro brazo
para parar la máquina magnífica del Sol!

¡Que lo invertimos todo, que se desquicia el mundo,
que el orden de las cosas cambia de posición?
¡Jamás hubo en el Cosmos cataclismo infecundo,
los soles desquiciados son el grito rotundo
con que se impone al orden la diosa Sinrazón!

Vanamente ha enseñado vuestro fraile nefando
la humildad de los siervos a quien con mazo da
—rogad a Dios y con el mazo dando—,
porque los desdichados que sucumben creando,
se abaten sobre el yunque, pero no ruegan ya.

DURA LEX

A Goyo, el caporal, lo fusilaron
una mañana en que la luz reía
en las calles del pueblo... ¡Lo mataron
sobre las aras de la Tiranía!...

Un radiante esplendor en las colinas,
los rubíes sangrando en los nopalos,
oro viejo prendido en los maizales,
y el fulgor de las armas asesinas,
que se perdió tras de los tecorrales
entre las maldiciones pueblerinas...

Del trágico episodio nada ignoro:
brotaba el Sol y hacía de la Hacienda
ciudadela fantástica de oro,
evocador castillo de leyenda,
y en la paz luminosa y virgiliana
de la inmensa pradera,

derramó, con su lengua vocinglera,
la oración del Trabajo la campana.

Del real de la Hacienda, presurosos,
los peones llegaban. Los colosos
de torcido calzón a la rodilla
y machete cañero a la cintura,
aman el reventar de la semilla
y los misterios de la agricultura;
de sol a sol combaten con la tierra,
la caña espera su propicio tajo,
y son los paladines de la guerra,
santa como el amor: la del Trabajo.

Se iba la legión a la cañada,
cuando el amo llegó, miró la hilera
de los trabajadores, que en espera
no osaban levantar ni la mirada.
—Goyo, cuéntalos tú.

Goyo, sumiso,

el mandato cumplió.

—Me falta uno.

—¿Y quién es ése en trabajar remiso?
—Es un viejo, señor; se llama Bruno.
—Que venga a mi presencia pronto, luego...
Alguien lo fue a llamar; llegó el labriego
y dijo que quizá por sus pecados
era víctima de las calenturas,
y que por colmo de sus desventuras
sus dos hijos estaban embrujados;
pero el amo, colérico y estulto,
en atroz paroxismo de coraje,
subió toda la gama del insulto,
del tigre tuvo el atacar salvaje;

muerta la caridad par el odioso
grito brutal de los instintos bajos,
recompensó del paria los trabajos
con el golpe del látigo oprobioso;
el látigo silbaba con el viento,
infamante y cruel, desmenuzando
signos de maldición; no hubo lamentos,
pero el peón se estaba desangrando...

Algo surgió en tan horrídos momentos,
algo de la nobleza de la raza,
chispa de sol que, alucinante, pasa
entre los más acerbos sufrimientos,
en el alma, rebelde y primitiva,
del caporal, porque, instantáneamente,
estalló en la penumbra de su mente
una luz roja, fulgurante, viva.

¿Sabéis cómo ígneo rayo parte el roble?
Gregorio, el caporal, lanzó un rugido,
desenvainó el machete, y, fuerte y noble,
provocó al amo y lo dejó vencido
al fiero golpe de sublime tajo,
así como las cañas que tronchaba,
cuando, en las horas de cosecha, daba
el golpe vigoroso del Trabajo.

Al momento llegaron los rurales,
capturaron a Goyo, la faena
se suspendió, fragmentos de corales
irradiaban al sol entre la arena.

A su turno, la sórdida justicia,
con su corte de jueces y escribientes,
después de emborronar mil expedientes,
gracias del Ministerio a la pericia,
a Goyo condenó... ¡Bien satisfecho
del inicuo poder de sus tiranos

llenó el papel de firmas, puso fecha,
dejó el pretorio y se lavó las manos!

Días después, en lúcida mañana,
doblaba en la parroquia la campana,
triunfaba el esplendor en la colina
quemando el oro viejo en los maizales,
y Goyo, ante la tropa que asesina.

Una descarga seca... y la neblina
de pólvora cruzó los tecorrales.

¡Goyo, vives aún en nuestra gleba,
y si el amo te befa y te maltrata,
tu vida heroica sin cesar renueva,
levanta el brazo vigoroso y mata!

LA SOMBRA DEL MAESTRO

Pasaste en el misterio carnal de nuestra vida
con el aura radiante de un espíritu fuerte.
Para ti no hubo vida, para ti no hubo muerte;
todo fue una gran línea de lo inmortal, tendida,
que, en vibrantes paráboles, a lo inmortal volvía,
y el tiempo y la distancia nada significaron
en esa trayectoria astral, donde cantaron
los siglos y los soles su eterna poesía.

Pasaste... y mi alma, limbo de cultura y estética,
sintió en esos momentos una atracción magnética
y, fuera de su centro, se agitó intensamente,
y, siguiendo tu cauda, luminoso cometa,
fue a clavarse en el halo de tu pálida frente
con la ruda potencia de una rauda saeta.

CARLOS GUTIÉRREZ CRUZ

Lugar de nacimiento: Guadalajara, Jal., el 10 de noviembre de 1897.

Obra: "Sangre Roja," publicada por la Liga de Escritores Revolucionarios. México, D. F.

El citareda de los poemas contundentes, un rapsoda de la hora nueva, que llega, desarrolla valientemente su tema y se va para volver a plañir, en otra manera, algo, que es el sentimiento de todos los socialistas, nada más que dicho por Gutiérrez Cruz con una claridad de términos que llama demasiado la atención:

"Compañero...
haz puñales
con todos los metales,
y así
verás que los metales después son para ti."

Porque el poeta alienta la justa aspiración de todos los trabajadores del Mundo, de que cambie el sistema de parasitismo, sabiendo que es el pueblo productor el único que tiene positivo interés porque se implante el trabajo de utilidad social para todos. Allí la esencia de los rutilantes poemas de Gutiérrez Cruz. Pero en este poeta hay algo más grandioso y son sus rotundas afirmaciones acerca de la solidaridad del Universo, que sólo los grandes de la inteligencia descubren inspirándose en sus fuentes. Así, dice, aplicando el asunto a la lucha de clases:

"Compañero, si sientes la riqueza
del Sol, de la Naturaleza;
la perfección del sistema
social de todas las cosas;
de esa armonía, sin un problema,
en que las piedras y las rosas
forman parte del mismo poema...
prende fuego a la casa del patrono,
y ya verás que entonces se ilumina el potrero,

y verás que las llamas son el mejor abono,
compañero.”

A Gutiérrez Cruz no debe escatimársele, por ningún motivo, el derecho que tiene a ser llamado un gran poeta.

SANGRE ROJA

¡Sangre roja!

Sangre de los obreros muertos en los engranes,
sangre cuya congoja
trocábase en monedas para pagar desmanes;

Sangre que desespera de su eterna prisión
y que se precipita,
con una fuerza trágica, buscando salvación;
sangre que en dinamita
hace estallar su propio corazón;

Sangre que parece lumbre,
sangre que proyecta luz,
sangre de la muchedumbre,
de Carlos Marx y de Jesús,
ennegrecida por el sacrificio,
amoratada por el silicio
y despreciada por la sangre azul.

Tal es la sangre roja que corre en las arterias
de mis canciones, bárbaras de tanta rebeldía;
sangre impetuosa y bravía,
que se derrama para reivindicar miserias...

Sangre roja contra la esclavitud,
sangre del verso púrpura, que incendia y que despoja,
sangre roja,
¡Salud!

GERMÁN LIST ARZUBIDE

Obra: “Plebe.”

Poeta de empuje, que siente la idea rebelde y la vacía en los brillantes moldes del verso con gesto de semidiós.

Germán List Arzubide es un soñador, iba a decir un juglar de la poesía socialista, que logra hacer con sus pensamientos bellas combinaciones y juegos sorprendentes.

Sarcástico a veces, nunca cómico, mas siempre trágico, llega a lograr con sus versos su principal objetivo: parar la atención burguesa hacia las actividades laborantes y animar al proletariado con vibrantes llamadas de combate.

Domina en su estilo la escuela de Gutiérrez Cruz, en cuanto a la forma de poemas cortos, no así en el sentido filosófico que éste da a sus versos cuando por su frente pasa aleteando, como pareja de cóndores, la emoción solidarista, que quiere que todo pensador no se subordine a nada ni a nadie, sino juegue, ésta es la palabra, para encontrar la belleza, y una vez logrado, mostrarla en sus obras, que, como las del poeta, tanto contribuyen a emancipar el alma y purificar la conciencia.

Germán List Arzubide es un campeador de la social literatura, verdaderamente interesante, pues es entusiasta y sincero con sus ideales.

LOS VAMPIROS

En Puebla los licenciados,
con honrosas excepciones,
no estudian para abogados;
estudian para ladrones.

Anónimo

Frente a la Escuela de Derecho
el grupo estudiantil juega feliz,
y en el taller sucio y estrecho,
hambriento se fatiga el aprendiz.

Después de algunos años, el señor abogado
será juez o tendrá su bufete:

enredará los pleitos, sangrará al desdichado
que, por robar un pan, sea condenado,
y ganará el dinero tranquilamente.

Y el aprendiz, hecho un obrero,
en la jornada fatigosa,
con hambre y frío y desespero
hará su obra dolorosa.

Y es tu dinero,
pobre obrero,
ganado a trágicos suspiros,
el que sostiene las escuelas,
donde se forman los vampiros.

EL ESCRIBIENTE

Qué triste es la jornada sobre el escritorio:
escribe, escribe, escribe...
desde que entró de meritorio,
que así vive.

Las espaldas se le doblaron,
encanecieron sus cabellos:
del sol los últimos destellos
siempre escribiendo lo dejaron.

—Hay que acabar la última cuenta—,
le dice la verde pantalla,
y la penumbra cenicienta
nunca ve el fin de esa batalla.

No tuvo el anhelo de ser fuerte
para romper su cadena,
y escribe, escribe... de su condena
lo hará fugarse la muerte.

AURORA ROJA

A los camaradas Luis Morales
y Martín Paleta, asesinados.

Camarada:
los opresores piden sangre,
y han regado la sangre de tu hermano,
¡Mira cómo pide aún más su mano!

Ellos la quieren, dáselas. Agarra tu herramienta
y húndela sobre el pecho del patrón;
que, sangrienta,
brote la fuente que sacie su hórrida petición.

¿Quieren más sangre? ¿Piden más calvarios?
Den la sangre del fuego tus incendiarios.
Cuando en la noche roja
alce su flama tu protesta,
el opresor recoja
toda la sangre que anheló en su fiesta.

Tíñe de rojo las ciudades;
toda la sangre que ellos quieran
llueva sobre el horizonte empurpleado;
y ese rojo caudal arrastre las maldades,
y que en tus manos para siempre mueran
todas las miserias que incubó el pasado.

Camarada:
la sangre es fecunda,
los opresores quieren sangre
y han regado la sangre de tu hermano;
agarra tu herramienta,
y con ella inunda
la sombra, tu mano
así hará brotar la aurora sangrienta.

JOSÉ ISLAS

LA CIUDAD DE LOS PALACIOS
(Corrido)

Voy a cantarles, ufano,
un corrido a sus mercedes:
me llaman “hijo del pueblo”
y soy servidor de ustedes.

No crean que es por fantasía,
sino por decir lo que es,
y así me llaman el tonto;
óiganlo y dirán después.

No sé por qué los señores
que presumen de letrados
le llaman a la ciudad
“la Ciudad de los Palacios.”

Si en todititos los barrios,
en vez de edificios tales,
apenas cuartos de adobe
en medio de muladares.

Dicen que al árbol caído
todos le dan con el pie;
tal vez por eso a nosotros
todo el mundo mal nos ve.

¡Ay! señores... qué feo es
ser pobre... yo lo lamento
y más no haber en la tierra
justicia para el hambriento.

Después de que nos explotan
en el campo o el taller,
todavía el arrendatario
nos triplica el alquiler.

Por un cuarto bien oscuro
de vecindad indecente,
diez pesos, veinte en depósito
y tres meses por enfrente.

Y nadie se fija en esto:
me refiero a los señores
que, cuando hacen propaganda,
se la echan de redentores.

Que el pueblo asado y así,
que los astros bajarán,
y que ni para remedio
a los pobres se hallarán.

Y pasan años y días,
y pasan ayuntamientos,
y nosotros, como siempre,
cargados de sufrimientos.

¡Ay! señores... qué feo es
ser pobre... yo lo lamento
y más no haber en la tierra
justicia para el hambriento.

Pero si por un milagro
hacen labor efectiva,
entonces son los burgueses
los que ganan la partida.

San Rafael, Colonia Roma,
asfalto, parques ingleses,
iluminación y música
que amenice las kermeses.

Está visto que los ricos
todo se lo han de llevar,
pero ya llegará su hora
y nos la han de pagar.

Mientras tanto, preparamos
el horno, donde a cocer
pondremos a quien nos roba...
¡señores, hasta otra vez!

PASCUAL MENDOZA

Nativo de Puebla, Pue.

Obra: “Canto a Don Esteban de Antuñano,” editada por la imprenta Guadalupana, de aquella ciudad, en 1908.

Allá, en mis años de mocedad, conocí en Puebla a un hombre de oficio hilandero, que hacía versos sencillos, interpretando el sentimiento de sus hermanos. Era este cantor sentidísimo y modesto, a la vez que valiente, del proletariado poblano, el camarada Pascual Mendoza, en cuyas composiciones siéntese palpitara la tendencia de bienestar social que hondamente acariciamos los de abajo.

En los versos del compañero Mendoza hay verdadera alma. Yo que la poseo, grande, conmuévome cada vez que los leo: y es que el supremo esfuerzo realizado por este obrero para llegar a poeta lírico, al entenderlo completamente en todos los registros de su estilo, también completamente me interesa, pues él triunfa en infinidad de veces en mi estimación, de ambas maneras: como poeta y como proletario.

La composición que aparece aquí, titulada: “Canto a don Esteban Antuñano,” tiene una importancia histórica muy pronunciada: recuerda el homenaje que obreros y patronos de la industria textil de la República, año por año, tributaban al señor Antuñano, como fundador de aquél en el país, cada día 19 de agosto, y al que la Revolución, de una manera impredicada, vino a poner término.

CANTO A DON ESTEBAN ANTUÑANO

Introducción

¡Musas, venid, iluminad mi frente
con vuestra ardiente inspiración divina,
y una chispa de luz dad a mi mente!
prestad de vuestro numen el acento

y prestad a mi lira el dulce acorde
para poder decir lo que ahora siento,
y, en raudales de amor, que se desborde
la inmensa gratitud del sentimiento.

¡Musas, musas, venid; aquí os evoco,
musas, venid; aquí os evoco,
dadme fuerza viril para que cante;
para ello vuestro auxilio humilde invoco;
traedme inspiración, volad al cielo
y arrancad una chispa de ese foco
que derrama su luz resplandeciente,
y desde allí arrojadla, sin tardanza,
como rayo de luz sobre mi frente!

I

Aquí me tienes, pueblo soberano;
vengo contigo a colocar mis flores
ante el bronce de Esteban Antuñano;
acércate, ven pronto, sin temores
acércate conmigo, soy tu hermano,
compañero de tantos sinsabores...
acércate al instante; ven, sincero,
a ofrecerle tus flores, buen obrero.

II

Allí tienes al genio prepotente,
de alma gigante y corazón de roca,
con cuya erguida y elevada frente,
lleno de orgullo, las alturas toca;
la indignación del ocio indiferente
su figura titánica provoca,
porque ese hombre que veis ¡quién lo creyera!
fue el genio de la industria algodonera.

III

Genio inmortal, en quien imprime un beso
la santa gratitud en este día;
es cíclope del arte y del progreso,
hijo mimado de la patria mía;
combatiendo del ocio el retroceso
fue a buscar al obrero, que gemía,
y con dulce cariño y agasajo
lo condujo hasta el templo del trabajo.

IV

Y así le dijo con amor ardiente,
lleno de amante y dulce regocijo,
con el afán del que a su hermano siente:
“Ahí tienes tu pan, gánalo, hijo,
con el sudor honrado de tu frente,”
y en éxtasis de amor dulce y prolijo
el patrón y el obrero, en dulce lazo,
se estrecharon los dos en mutuo abrazo.

V

Y después, la industria, que aún dormía,
y la patria sonrieron con anhelo,
y al mirar en los dos tanta armonía,
un ángel descendió del alto cielo,
inundado de gozo y alegría,
y deteniendo ante las dos el vuelo,
al ver dos seres a la par sonrientes,
¡con guirnaldas ciñó sus blancas frentes!

VI

Desde entonces obreros y patronos
con amor infalible se estrecharon,
compartiendo a la par sus aflicciones,
porque nunca como hoy —jamás se odiaron—
fundieron con amor sus corazones

que los grandes obstáculos salvaron;
el uno fue el obrero mexicano;
el otro, don Esteban de Antuñano.

VII

A ellos debe la industria su adelanto,
y el progreso se debe a su constancia,
¡porque no obstante que sufrieron tanto
nunca entre ellos sonó la discordancia!
siempre se unieron con cariño santo,
compartiendo su amor con abundancia,
estrechándose siempre, sin excusa,
el frac de paño con la humilde blusa.

VIII

Ahí tenéis un modelo de patrones,
que admira en este día la clase obrera;
imitadle, que no haya discusiones,
amadle todos con el alma entera;
¿Por qué no se han de unir los corazones
y derribar del odio la barrera?
¡que muera para siempre el despotismo
que en Europa ha encendido el anarquismo!

IX

México, sí, mi patria, necesita
quienes sepan amarse como hermanos,
bajo la sombra de la paz bendita
en México no debe haber tiranos;
¡atrás la raza de Caín maldita!
¡abajo para siempre los villanos!
unámonos obreros y patrones
para, juntos, alzar nuestros pendones.

X

Si la sangre que corre en nuestras venas
es la misma de Esteban Antuñano,
¿por qué, entonces, aumentan nuestras penas
los déspotas del suelo mexicano?
debemos ya romper esas cadenas
de la cruel disensión, darnos la mano
lo mismo el rico que el humilde obrero,
el nato del país que el extranjero.

XI

Cuando eso sea, mi patria encantadora,
llena de gozo marchará sonriente
a la luz matinal de nueva aurora;
ya no se humillará triste y doliente,
ni llorará tampoco cual hoy llora;
entonces sí levantará su frente,
y será, siempre que no el mal soporte,
grande como la América del Norte.

XII

Ahí está ese grupo de campeones
que consumen su vida en los telares
en medio de tormentos y aflicciones;
¿quién podrá mitigarles sus pesares
sino el buen corazón de sus patrones
que luchan del progreso en los azares?
necesitan un brazo siempre amante
que los conduzca al bien, que los levante.

XIII

Si queremos de México el progreso
ensanchar con empuje por doquier,
debemos combatir el retroceso
levantando a esa pobre clase obrera;
no se debe adorar tan sólo a Creso,

los hijos de la industria algodonera
deben bregar unidos, no como antes;
la lucha que hoy se entabla es de gigantes.

XIV

¡Cuánto gozo me embarga en este día,
al ver reunidos, sí, de todas partes,
miles de obreros, que, con alegría,
sostienen con ardor sus estandartes!
¡oh, qué dulce, qué dulce es la armonía!
el genio de la industria y de las artes,
“con afanes risueños y prolijos,”
sonreír debe al contemplar sus hijos.

XV

Patrones: ahí tenéis a los obreros,
unidos todos en amante liga;
contemplad si son fieles y sinceros,
la gratitud a unirse hoy los obliga,
y a despecho de ruines y embusteros
hoy estrechan aquí su mano amiga;
¿será esta obra quizás de analfabetas?
¡los obreros son grandes, más que atletas!

XVI

Levantad a esa clase desvalida,
de la rutina, que conduce al vicio,
y si es que en la abyección está sumida,
sacadla, pues, del hondo precipicio;
no es la clase del pueblo corrompida,
y si lo es haced el sacrificio
tendiendo al pobre con afán la mano...
¡quien desprecia al obrero es un villano!

XVII

Y vosotros, obreros abnegados,
trabajad con ardor en la contienda;
¡adelante, marchad, nobles soldados!
que ante lo grande vuestro amor se encienda;
si en la lucha quizá ya estáis cansados,
no debéis descansar, seguid la senda,
que vuestro lema la constancia sea...
¡obreros, a luchar en la pelea!

XVIII

¡A las armas, oh, noble clase obrera!
que os encuentre el coloso preparados;
a luchar con la noble lanzadera;
obreros, empuñad vuestros arados;
el porvenir risueño que os espera
por la unión os verá ya conquistados,
y si vuestra obra se realiza un día,
que sea con el trabajo y la armonía.

XIX

Y tú, naciente sociedad hermosa;
Liga, que marcha por la paz sonriente,
sigue adelante por la senda honrosa,
que el triunfo venga a coronar tu frente;
que tus ensueños de color de rosa
el sol de redención resplandeciente
inunde con su luz ante la historia,
y que el triunfo que obtengas sea la gloria.

XX

¡Oh, qué dulce es la unión! en vuestros pechos
debéis sentir satisfacción completa
al contemplar vuestra obra satisfechos;
si la ignorancia con cinismo os veda,
escondida quizá tras sus pertrechos,

no la miréis, seguid hasta la meta
que conduce del bien a los amantes
del adelanto, hasta llegar triunfantes.

XXI

Y tú, genio del bien, buen ciudadano,
¿qué podré yo decirte en este día
yo, que cual tú, también soy mexicano?
mi corazón se inunda de alegría...
¿qué te diré ¡oh, Esteban Antuñano!
para ensalzar tu nombre con porfía?
necesito la lira de un Homero...
¡el arpa que te canta es de un obrero!

XXII

Sin embargo, Antuñano, aquí me tienes;
ya que tu amor mi corazón inspira,
deja que venga a coronar tus sienes
con las notas que brotan de mi lira;
si desde el trono que en el cielo tienes,
tu mirada benéfica me mira,
que ella sea la luz que me encamine
y en las negras borrascas me ilumine.

XXIII

¡Genio, genio del bien, en cuyo ejemplo
deben basarse todos los patrones,
para que alguna vez, cual te contemplo,
los contemplemos a ellos sin pasiones;
de la inmortalidad tienes ya un templo,
donde caen a tus pies mil corazones,
porque, sábelo bien y no te asombre,
¡la Historia guarda con amor tu nombre!

XXIV

¡Obreros de la paz, id adelante
con amor, a la vez sin egoísmo;
que nuestra noble enseña se levante
con la unión fraternal del cristianismo;
atrás esa rutina degradante
de la nefanda idea del anarquismo;
atrás el monstruo de maldad insano,
enemigo de Dios y el ciudadano!

XXV

¡Loor eterno por siempre al gran atleta
que supo mitigar nuestros dolores,
del trabajo encumbrándose a la meta;
traigamos a sus plantas nuestras flores
y los cantos sencillos del poeta!
¡atrás, atrás por siempre los rencores!
obreros y patronos mexicanos:
¡unámonos ante él, somos hermanos!

Puebla, 19 de agosto de 1906.

ROSENDO SALAZAR

Lugar de nacimiento: Zacapoaxtla, Puebla, 1888.

Obra: “Alma vibrante,” publicada por la Editorial “Avante,” en 1917, México, D. F.

Incluyo aquí una selección mía. Los versos que la integran corresponden a dos épocas a cual más interesantes para mí: una, en que el arrebato por la agitación social commueve todo mi ser, dominando mis afectos, mis ambiciones, todo, y otra, en que surge mi amantismo por el estudio de la filosofía; a esta última pertenecen mis composiciones que llevan por título “Excitativa lírica”, “Oda breve al Trabajo”, “Te- tragramatón” y “Voces,” en que mi pensamiento hace obra ya de fundamentación solidarista; comienza la era de mi apaciguamiento como

conmovedor puramente sensual y excitador físico de muchedumbres y se presenta el hombre que va a penetrar en los dominios de algo más profundo, pero no menos necesario y substancial para ser hablado a los trabajadores. Las composiciones “Mundial”, “Toque”, “Exlibris” y “Siete de enero,” en cambio, sí responden a los primeros instantes de mi vida de adoctrinador socialista, mas su mérito mejor estriba en que, escritas en un medio y en momentos que nunca volverán a presentarse a la organización, ellas fueron dichas innumerables veces por mí mismo, con fuego de apóstol, desde las rojas tribunas sindicales y ante camaradas que formaban el conglomerado de la “Casa del Obrero Mundial”, la institución más poética con que contábamos entonces los obreros de México, en días que ya empiezan a confinar con lo legendario, con lo que llevado en lo interior jamás puede cambiar ni olvidarse.

EXCITATIVA LÍRICA

Poeta, coge la lira de tus inspiraciones
y, conmigo, en la cumbre de las imprecaciones,
ven a decirle al Mundo, en estrofas heroicas,
que ya las muchedumbres, agresivas y estoicas,
de su sueño de siglos han despertado bravas
y vomitan sus iras, como el Etna sus lavas,
sobre las insolencias todas de las ciudades,
que abatieron los lirios de las hondas bondades
del alma de los pueblos, como en el Gineceo
un día de la historia, la llama del deseo
a la madre del verbo, flor de sinceridad,
que lleva viva en sus tules la finalidad
ondulante y proteica de todos los risueños
instantes de su vida y todos sus empeños.

Coge la lira de oro de tus fantasías,
y contra las injusticias y las tiranías,
contra el puñal que hiere y la pluma que difama,
contra el agujón lo mismo que contra la escama;
con los ojos abiertos y el plectro entre las manos
expuestas al sol, como dos claves soberanos

de mieles y perfumes; con la frente en los nimbos violetas, tornasoles, rojos como corimbos de hortensias nuevas en campiñas primaverales; la aspiración flotante siempre; los ideales encendidos en torno, de modo que el espacio abeterno parezca un gigantesco palacio de ábsides y plintos, hechos de elipses bellas, paráboles de fuego e hipérboles de estrellas, tus coros sonorosos suelta sin el menor sobresalto, que es ridículo todo temor y cómica toda cobardía en el guerrero que tiene por alabarda blanca un cancionero, por escarapela azul la belleza y por lanza un rayo del sol, sol de verdad y de esperanza.

Abriremos el surco de las grandes ideas con la flama de vida fértil de nuestras teas; repoblaremos todos los caminos de rosas y, por lo tanto, los ambientes de mariposas; en cada frente encenderemos una ilusión cenital y un entusiasmo en cada corazón; sembraremos de trigo todas las sementeras y de árboles de frutos agradables de veras; variaremos el curso de los Nilos sagrados y así fecundaremos los campos cultivados; a cada ser humano le diremos: la hora es de luna, sueña; la claridad es ahora de sol, sacude el estandarte de tu melena y húndelo en el agua, la fontana está llena; el aire, ese algibe inagotable de armonías, tú con tus endechas y yo con mis elegías, lo surcaremos victoriósamente en los carros del bien, que arrastrarán cuatro leones bizarros; deletrearemos en el silabario del cielo la sabiduría solidaria del consuelo; todas las maravillas del Cosmos infinito, en dísticos de lumbre y de cal, como el granito

fundador del planeta, las haremos vibrar superarrogantemente, como vibra el mar; en fin, predicaremos el amor en la tierra, el amor entre todos, el amor sin la guerra, y transformaremos a la sociedad actual de modo que sea, poeta, más fraternal.

Hace falta la lira de los bardos, motivos para cantar no sobran, todos son emotivos para el pintor que quiere trasladar el paisaje crepuscular o un aspecto del selván salvaje; para el wagneriano, que anhele prender un ulú de la fronda al escote de su amada Lulú en una sonatina; para el buen arquitecto que desee enhestar al arte el templo perfecto, por excelencia; para el exigente escultor que busque en el mármol blanco un ala del amor tenuemente expresada; la corola de seda que por el día aroma y por la noche rueda a merced de los vientos por el campo florido; la contextura delicada del muelle nido de mimbre, que se mece entre las flexibles ramas del álamo labrador; las grandes oriflamas del pensamiento, que ondean en los torreones, verdaderos fuertes de las organizaciones y que defienden inexpugnables ciudadelas vigiladas por genios que hacen de centinelas; el arco de unos labios de mujer soñadora; la niña de unos ojos de virgen que enamora por su gallardía olímpica; los arcoíris, que después de la lluvia nuestro señor Osiris manda tender sobre la superficie propicia de la tierra, en señal de paz y justicia.

El vate no nació, como ningún ser humano, para llorar; tampoco para tender la mano al transeúnte, en demanda de miserable auxilio;

menos aún para consumirse en el exilio
forzado o voluntario a que el error condena.
(Una estro a un magnate es siempre una cadena,
y el poeta no debe medir, por cortesano
que sea, un solo verso para ningún tirano.)

Coge la lira de oro de tus inspiraciones,
y conmigo, en la cumbre de las imprecaciones,
que lame el océano salado del destino,
con nuestros entusiasmos haremos del divino
sendero, que conduce a la verdadera vida
de la perfectibilidad, tiempo ha presentida
por los grandes videntes, como Juan y Daniel,
la región abordable, el autóctono vergel,
donde todos los seres, como jamás, unidos,
en copas de alabastro los jugos prometidos
de la felicidad y de la sabiduría
bebamos, rebosando de viva simpatía.

VOCES

I

AMOR

Actividad incessante,
principio reconocido
por el derecho y el deber
de la solidaridad: Jehóvih-Oumn.

Amor, esencia
que nos exaltas de abeterno...
—¿Quién como yo?—
frente al tirano
el ángel de la concientividá exclamó.

Poder que nos llevas de la mano
y, grandiosa, desmesuradamente humano,

irradias de cada quien y cada cual,
y ello sepamos o no sepamos,
queramos o no queramos,
podamos o no podamos,
es igual.

II
VOLUNTAD

La voluntad de los seres libres y dichosos
—¿Qué importa que quienes no lo sean no me comprendan?—
es la perfecta voluntad:
hacer mover la idea y su cuerpo;
una y otro desde dentro,
hasta llegar a compenetrarse
en magnífico encuentro
sexual.

La voluntad impulsa y anima el todo:
las formas de la vida en potencia, el lodo,
como las sensaciones del alma humana.

Pensemos de este solidarista modo:
mientras seamos nosotros mismos
—y siempre lo seremos—,
nuestra voluntad nos conducirá serenamente
a servirnos de la sabiduría de la madre
y del amor infinito del padre,
latentes en nuestros propios organismos.

III
SABIDURÍA

Principio complementario,
sabiduría femenina,
que, de la corona a la base,
impregnas todas las secciones

de Jod;
elemento acariciador,
y vibrante,
y radiante,
y también —¿por qué no?— amenazante,
como el ritmo que señala el paso
a la Revolución Triunfante,
contra el oprobioso sistema de vivir
sin producir.

IV
ALTURA

He aquí mi saber:
querer
un mundo en que estén sabiamente ordenadas
las calidades,
capacidades
y actividades
maestras, que nos hacen felices;
un mundo
de conocimiento
y libertad;
de rectitud, no de vicio,
de asociación, no de separatividad;
y siempre, siempre fraguar
lo mejor;
mas, esto para la totalidad
—colectividad laborante—,
porque sólo de ella es el derecho,
que así dejaré explicado:
como LO QUE ES
YA,
PERO QUE TIENDE,
PORQUE QUIERE Y PUEDE,
A SER AÚN MÁS.

VOZ DE REBELDÍA

—¡Hermano triste, abraza la rodelia,
e indúctil e insumiso, la cabeza levanta,
pulsa la lira y sigue, sé rebelde y canta,
toma mis alas, coge mis energías y vuela.

Hermano maltratado, ponte la escarapela
y corre a hundir la punta de tu puñal en tanta
cobardía secular, diablesa sicolofanta,
cola de perro, que gozosamente te vela.

Dijo la voz, y el orbe trepidó como bajo
el genio profético de Goethe, y del tajo
se alzaron vórtices, que temieron reptiles,
y tempestaron iras que admiraron patriarcas.
Al fin, las entelequias surgían varoniles
y ponían su sello de fe en los heresiarcas.

MIGUEL D. MARTÍNEZ RENDÓN

HOZ

Flor dentada del martirio,
soga de acero del campesino,
puñal curvado hacia el corazón del indio;
porque el tiempo alimenta
la mano nervuda que siega,
y la espiga vuélvese dura;
porque todos los hombres protestan
y llega la hora del grito:
vibra, garfio de las tormentas libertarias,
signo de Dios en las alturas,
ceja del mundo.

